



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)

2. *LA GUERRA HISPANO-NORTEAMERICANA Y LA DERROTA NAVAL*

POR

AGUSTÍN R. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ

SUMARIO: Introducción.—Estrategias.—Operaciones preliminares.—El escenario filipino.—Cavite.—El asedio de Manila.—Las operaciones en Cuba.—El combate de Santiago.—Epílogo en el Caribe.—Otras operaciones.—NOTAS

#### INTRODUCCIÓN

La guerra de 1898 ha tenido, en muchas ocasiones, un tratamiento historiográfico demasiado condicionado por sus resultados. En los EE. UU. pocos análisis se apartan del cuadro de una victoria aplastante y poco costosa, «a little splendid war», lo que es cierto, en una campaña donde apenas se cometieron errores, lo que es inexacto. Alguna mayor crítica han merecido las operaciones terrestres, tanto en sus aspectos tácticos como logísticos.

En España la imagen que se impuso fue la del «Desastre», magnificado y distorsionado muchas veces, con mitos como el de los «viejos barcos de madera», con cañones que no alcanzaban a sus adversarios, o de heroicas resistencias hasta el límite. Parte de ello procede de que, más que investigar los hechos, ha sido tradicional el utilizarlos para descalificar al enemigo político o social, identificándolo con los responsables de la derrota, que se achaca a los políticos y en la prensa de la época. Tal versión, nada desinteresada políticamente y teñida generalmente de un fuerte color ideológico, resulta muy discutible tras un análisis sereno<sup>1</sup>.

No podemos entrar aquí en polémica tras las diversas aportaciones que se han sucedido durante estos cien años, limitándonos a exponer nuestra versión de los hechos. Que los EE. UU. y España terminarían enfrentándose por la cuestión cubana era algo que pocos podían discutir a fines del siglo XIX. Y no deja de ser significativo, sin olvidar el peso de otros factores, que la presión estadounidense llegase al máximo cuando por primera vez la *US Navy* alcanza una neta superioridad sobre la Armada española. Pero, por si esa superioridad no fuera suficiente, como luego veremos, diversas personalidades norteamericanas —entre ellas de forma destacada el entonces subsecretario de Marina, Theodore Roosevelt— presionaron al presidente McKinley para que iniciara lo antes posible y sin previo aviso la guerra contra España.

Se trataba de evitar, evidentemente, que el futuro enemigo, agotado tras afrontar la doble insurrección de Cuba y Filipinas, pudiera tomar eficaces medidas defensivas. También de que su política de continuas concesiones privara al agresor de cualquier motivo para su intervención, y todo ello mucho antes de la famosa explosión del *Maine*, causa inmediata de la guerra.

El caso del *Maine* es buena muestra de esa política: tras una investigación absolutamente parcial, realizada por una comisión presidida por el mismo Sampson, que luego mandaría la escuadra

americana en la guerra, no se pudo, en estricta justicia, encontrar al responsable. Pero, al parecer, eso era lo de menos, pues como dijo McKinley a ambas cámaras estadounidenses, el hecho en sí mostraba «un intolerable estado de cosas en Cuba»<sup>2</sup>.

Conviene recordar que los planes norteamericanos para una guerra contra España se remontaban al menos a 1895 y que fue el 27 de enero de 1898 —antes incluso del *Maine*— cuando se tomaron las primeras medidas para preparar la guerra, ordenando al comodoro Dewey que no licenciara a los hombres de su escuadra cuyo tiempo de servicio había terminado. Generalmente se dice que Roosevelt, a espaldas del secretario de Marina Long, ordenó alistar los buques con sus telegramas de 25 de febrero, en previsión de «una guerra con España», diez días después de la voladura del *Maine* y a sólo cuatro de que iniciara sus trabajos la comisión investigadora norteamericana. Tales órdenes no fueron revocadas.

De hechos como éste, algunos historiadores han concluido que muchas de estas iniciativas belicistas se debieron a las arriesgadas acciones personales de un reducido número de jefes militares y altos funcionarios. No se comprende, sin embargo, cómo conservaron sus cargos si sus actos contradecían la línea de actuación de su gobierno<sup>3</sup>.

Al final, la «guerra preventiva» se dio en realidad y no por personajes aislados: el 9 de marzo el Senado norteamericano aprobó un presupuesto extraordinario para armamento, el 20 de abril se presentó un ultimátum a España, y el 25 se declaró la guerra, con efectos retroactivos desde el 21, evidentemente para legalizar el hecho de que, desde antes de esa fecha, las fuerzas navales americanas habían iniciado las hostilidades contra España.

Al gobierno de Sagasta que había cedido a todas las presiones norteamericanas con tal de evitar el enfrentamiento, salvo a la soberanía sobre Cuba, no le quedó otro recurso que afrontar una guerra impuesta.

#### *Estrategias.*

Aunque los recursos económicos y demográficos de ambos países mostraban un gran desequilibrio, el potencial militar de los contendientes no guardaba la misma relación. En especial el ejército de los EE. UU. sólo contaba por entonces con 28.000 hombres de todas las categorías. Siendo a todas luces insuficiente, se movilizó a voluntarios y a la Guardia Nacional. La cifra alcanzó los 275.000 hombres, pero en general estaban poco adiestrados, equipados sumariamente y con escasez de oficiales y jefes de experiencia. Su armamento individual era inferior al muy eficaz fusil Mauser español<sup>4</sup>.

Por contra, España disponía de 200.000 hombres en Cuba, ya bien fogueados y entrenados, así como los 30.000 de Filipinas; menos preparados estaban los 8.000 de Puerto Rico. Aunque no se podían esperar grandes refuerzos de una ya agotada metrópoli. Sin embargo, la situación sanitaria de muchos de los soldados destinados en Cuba y Filipinas les hacía inútiles para soportar otra campaña. Además Cuba, ya deficitaria normalmente para su alimentación, dependía tras tres años de guerra de los envíos de alimentos desde España, tanto para su guarnición como para la población; no existían reservas almacenadas, pues en la misma Península en ese mismo año había una gran carestía y escasez.

Obviamente, los planes norteamericanos se dirigían a obtener el dominio del mar y bloquear estrechamente la isla para forzar su rendición por hambre. Además, con dicho dominio, se podrían atacar determinados puntos estratégicos y abastecer a las guerrillas cubanas, batidas pero aún operativas. Con el bloqueo se impediría además la llegada de refuerzos, municiones y medicinas, mientras que, cortando los cables telegráficos submarinos, se la aislaría completamente<sup>5</sup>.



Theodore Roosevelt al frente del batallón de voluntarios *Rough Riders* en el cerro de San Juan durante la guerra de Cuba

Para el mando español la situación sería imposible. Tendría que luchar simultáneamente contra las guerrillas y las fuerzas regulares que desembarcasen. Si concentraba sus tropas para enfrentarse a las segundas, dejaría abandonadas grandes zonas a la guerrilla; si se distribuía por toda la isla, las pequeñas y aisladas guarniciones serían fácilmente vencidas por una fuerza regular.

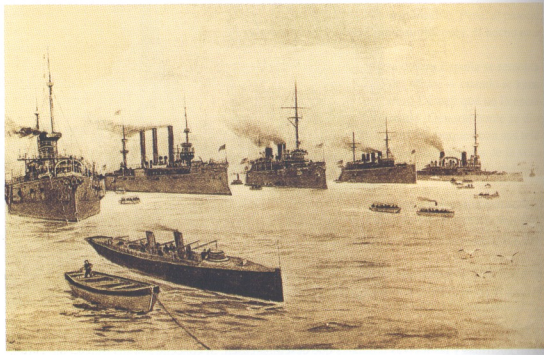
En Puerto Rico reinaba la tranquilidad, pero cabía dudar del espíritu de lucha de parte de su guarnición, compuesta por naturales de la isla. Era claro que, bloqueada por el mar, no tardaría en seguir la suerte de Cuba.

En Filipinas, aparte del dominio del mar, que permitiría aislar al centro administrativo y militar, Manila, del resto del archipiélago, cabía contar con una reactivación de la insurrección tagala, sólo aparentemente sosegada tras el reciente pacto de Biac-na-bató.

Los planificadores estadounidenses, obviamente influidos por las teorías de Mahan, quien de hecho se encontraba entre ellos, podían así asegurar que tras obtener el dominio del mar, la victoria sería rápida y poco costosa. Algunos historiadores han anotado que ante la cierta ventaja española en tierra, fue un error del gobierno de Sagasta confiar la suerte de la guerra a las operaciones navales, en las que la inferioridad española parecía evidente. Pero, por lo expuesto, tal opción de hecho no existía: si España no disputaba el dominio del mar se condenaba a una derrota segura.

Tal superioridad naval norteamericana no parecía, por otro lado, tan clara en la época como luego se ha afirmado. En buques, refiriéndonos ahora sólo al escenario del Atlántico y el Caribe, pues Filipinas merecerá estudio aparte, las cifras parecían poco definitivas: los EE. UU. podían alinear 5 acorazados, 2 cruceros acorazados, 6 cruceros protegidos, otros 16 cruceros diversos, 4 monitores y 12 torpederos, contra los 3 acorazados, 8 cruceros acorazados, 2 protegidos, al menos 6 cruceros diversos, 11 cañoneros torpederos, 6 destructores y 12 torpederos que, en teoría, disponía la Armada española<sup>6</sup>.

Ambos bandos armaron además numerosos vapores mercantes como unidades auxiliares: los EE. UU., 11 cruceros auxiliares y más de 70 pequeños vapores para bloquear Cuba; España artilló 3 trasatlánticos recién adquiridos a Alemania y contaba con más de veinte vapores armados de la Compañía Trasatlántica, aparte de otros buques adquiridos o incautados.



Buques de la escuadra norteamericana que lucharon en la guerra de Cuba

No había tampoco grandes diferencias en cuanto a modernidad: ninguno de los barcos tenía casco de madera, y eran generalmente de construcción nacional y diseño básicamente británico. Salvo alguna excepción, todos habían sido botados como mucho a partir de 1885 y los más importantes apenas llevaban un lustro en servicio.

Los problemas eran otros: los destinados en el Caribe estaban muy desgastados tras operar durante varios años persiguiendo a los buques filibusteros y cooperando en bombardeos, desembarcos y transporte del Ejército. Su jefe, el almirante Manterola, informó que casi todos necesitaban reparaciones y que muchos de los mejores no podían navegar. Pero estos buques no hubieran significado en ningún caso un gran potencial, pues los verdaderamente importantes estaban en las bases peninsulares. Sin embargo, la situación de éstos era realmente desoladora: los tres acorazados se estaban modernizando en Francia, de los ocho cruceros acorazados cuatro no estaban aún terminados, los dos protegidos resultaron defectuosos y no acababan de superar sus pruebas de admisión. En cuanto a los destructores, estaban siendo entregados con retraso por los astilleros británicos, y los torpederos no estaban en buen estado.

La situación era conocida por los servicios de información estadounidenses, por lo que, en el marco ya mencionado de «guerra preventiva», decidieron forzar las cosas antes de que se pudieran reparar o terminar los buques.

La Junta de Estrategia de la *US Navy* presionaba a Long y a McKinley el 16 de marzo: «Por esta razón, señor, nos permitimos exponer que si el informe de la Comisión de Investigación [sobre el Maine] fuera emitido enseguida, el problema que se plantea ... sería mucho más sencillo. Podríamos decir entonces si tendremos o no que hacer planes para enfrentarnos a la flotilla de torpederos y a los acorazados españoles que reparan ahora en puertos franceses»<sup>7</sup>. Theodore Roosevelt añadía:

«Los destructores españoles, ahora en Canarias o preparando el viaje a Cuba ... ofrecen la única amenaza real para nosotros ... Si estos destructores llegan a aguas cubanas harán que el problema que debemos resolver afronte gran peligro ... Podemos, sin dificultad, bloquear La Habana si no hay torpederos dentro; si esto sucediera, el bloqueo sería muy dificultoso»<sup>8</sup>.

Por supuesto que estalló la guerra sin dar tiempo a que los torpederos llegaran a Cuba o a que fueran reparados o terminados la mayor parte de los buques.

La estrategia española se basaba en intentar desgastar a la escuadra bloqueadora mediante ataques, preferiblemente nocturnos, de destructores y torpederos. También se minarían los puertos y fondeaderos cubanos y era de esperar que tales artefactos causarían grandes pérdidas a los buques enemigos que intentarían acercarse. Además, La Habana y San Juan de Puerto Rico contaban con fuertes baterías de costa.

Mientras, el grueso de la escuadra, formado por rápidos y potentes cruceros acorazados, realizaría *raids* sobre la costa y el tráfico marítimo enemigos. Ello, aparte de los daños causados, se suponía que debilitaría la moral de lucha del enemigo. Se intentaría evitar siempre el choque con escuadras enemigas, a no ser que fueran muy inferiores. De esta manera se confundiría y dividiría al enemigo, que tendría que dividir sus fuerzas para perseguir a los escurridizos cruceros y para bloquear Cuba, con lo que, previsiblemente, no lograría conseguir ninguno de los dos objetivos.

De hecho, y ante este peligro, la Junta de Estrategia norteamericana cometió el imperdonable error de repartir sus buques en tres escuadras: una, al mando de Sampson, destinada al bloqueo de Cuba; otra, al de Schley, para perseguir a los cruceros enemigos, y la última, con Watson, para proteger la costa Este de los Estados Unidos. Aquello era exponer a cada una de ellas a un desastre si se enfrentaba con un enemigo que, concentrado, fuera superior. También se sopesaba la mayor tra-



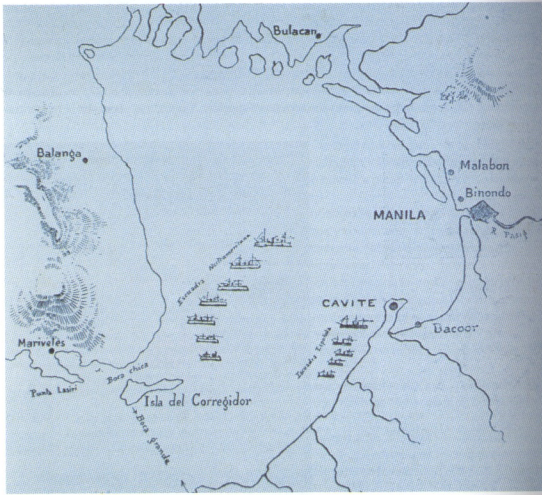
Fernando Villaamil. Óleo del Museo Naval, Madrid

dición y profesionalidad española y el hecho de que buena parte de las dotaciones norteamericanas no eran de ciudadanos de los EE. UU.

*Operaciones preliminares.*

De acuerdo con tales planes, el 13 de marzo zarpó de Cádiz hacia Cuba la Escuadrilla de Torpederos al mando de Fernando Villaamil, con tres destructores y tres torpederos convoyados por un vapor armado de la Trasatlántica. Pero en esas mismas fechas se habían concentrado en la neutral Lisboa varios cruceros norteamericanos y se esperaba la incorporación de otros recién adquiridos, por entonces en aguas británicas.

Ante la amenaza que suponía la flotilla española, Roosevelt y Sampson presionaron a su gobierno para que las unidades fondeadas en Lisboa la atacaran sin previo aviso. McKinley, aunque consideraba el envío de la flotilla como un gesto hostil, no se decidió a dar ese paso<sup>7</sup>. Pero tal posibilidad influyó en el ánimo de los españoles: tras sufrir averías en dos de los torpederos, la escuadrilla recaló en San Vicente de Cabo Verde el día 1 de abril. Inmediatamente, el ministro de Marina,



Situación de las escuadras española y norteamericana al comenzar el combate de Cavite. Plano publicado en *Blanco y Negro* de 7 de mayo de 1898



almirante Bermejo, ordenó a la Escuadra de Instrucción, al mando de Cervera, que partiera hacia el puerto africano, para proteger la travesía de la flotilla.

Pascual Cervera y Topete era un marino de valor y profesionalidad más que acreditados en largos años de servicio. Pero desde hacía ya varios años había mostrado su absoluta convicción de que un enfrentamiento con los EE. UU. llevaría a un desastre. Razones no le faltaban, pero su actitud le condujo progresivamente a adoptar una postura fatalista que le induciría a cometer serios errores y a no aprovechar las oportunidades que se le presentaron<sup>10</sup>.

Realmente la situación no era la planeada: sólo disponía de cuatro cruceros acorazados, no de los ocho que eran de esperar, y de aquéllos dos deberían reunirse desde Cuba, por lo que llegarían tras una larga navegación, con poco carbón y sus dotaciones y pertrechos incompletos al haber sido alistados en tiempo de paz. Su buque insignia, el *Infanta María Teresa*, estaba mejor dispuesto, pero al *Cristóbal Colón*, el buque más rápido, moderno y mejor protegido de su escuadra, le faltaban sus dos cañones más pesados. En todos faltaban algunos elementos y tenían averías que, aunque de escasa importancia, eran imposibles de reparar con los medios de a bordo, limitando su poder combativo.

El 19 de abril se concentraron por fin todos los buques en Cabo Verde, junto con otro transporte con carbón y provisiones. Las órdenes eran dirigirse a San Juan de Puerto Rico, lo bastante alejado de las bases norteamericanas como para que pudiera ser bloqueado estrechamente y, bien protegido por baterías de costa, desde allí iniciar los *raids* contra la costa y tráfico enemigos, evitando siempre una batalla formal, gracias a la superior velocidad de los buques españoles. Pero Cervera creía que tales planes equivalían a un suicidio y comenzó una larga polémica con Bermejo, aduciendo si no sería mejor defender las Canarias, partir hacia Filipinas u otras opciones. Incluso convocó juntas de sus jefes subordinados que apoyaron, con diversos matices y de forma no unánime, su posición.

Bermejo no tuvo otra opción que convocar a su vez una Junta de Almirantes en Madrid el 23 de abril, que, de nuevo con matices, insistió en la orden de salida hacia San Juan. Cervera fue así desautorizado y resignadamente acató las órdenes, aduciendo que tal resolución hubiera debido implicar su relevo al mando de la escuadra. Tal afirmación pone de manifiesto que no era realmente el jefe adecuado para la ocasión.

El 29 de abril, más que cumplidos todos los plazos de permanencia en puertos neutrales durante una guerra gracias a la benevolencia de las autoridades portuguesas, Cervera zarpó hacia el Caribe con cuatro cruceros y tres destructores; los torpederos, considerados demasiado frágiles para una travesía ya en plena guerra, volvieron a Canarias con los transportes.

#### *El escenario filipino.*

Si, por las mismas fechas, observamos la situación en el Pacífico, Patricio Montojo, jefe del Apostadero de Filipinas, disponía en 1898 de 10 buques mayores de 500 toneladas, aptos para un combate naval aunque de características limitadas, aparte de transportes y pequeños cañoneros que no contaban para el caso.

Casi todos aquellos buques habían entrado en servicio después de 1885 y todos tenían cascos de hierro o acero salvo el crucero *Castilla*, de madera, único que puede dar lugar a la leyenda generalizadora de esta característica en la mayor parte de los buques españoles del 98.

La velocidad de estos navíos iba de los 11 a los 15 nudos, y los artillaban un total de 37 piezas de 160 a 120 mm y 46 de 90 a 37 mm, con 13 tubos lanzatorpedos. Ninguno estaba acorazado, pero dos de ellos llevaban cubiertas blindadas para proteger máquinas y calderas.

La escuadra estadounidense, al mando del comodoro Dewey, contaba con 6 buques, sumando un total de unas 20.000 toneladas frente a las 14.000 de los españoles. Su velocidad iba de los 11 a los 20 nudos, y los armaban 10 cañones de 203 mm, 43 de 152 a 127 mm, y 55 de 57 a 37 mm, junto con 10 tubos lanzatorpedos. Tampoco estaba ninguno acorazado, pero los cinco mayores llevaban cubierta blindada.

Existía, pues, una clara superioridad norteamericana, pero que podía ser compensada por otros factores. En Manila se disponía de piezas de costa; entre las mejores estaban 4 obuses de 24 cm, 10 de 21 cm y 6 cañones de 15 cm, a las que se podía añadir una docena procedente de buques ya retirados, algo anticuadas pero eficaces. Además se podían minar los accesos a la bahía de Manila o proteger con ellas el fondeadero de la escuadra.

Pero lo que podía resultar más decisivo era que la escuadra norteamericana, fondeada desde febrero en Hong Kong, carecía de bases en el Pacífico hasta la propia costa Oeste de los EE.UU., a más de 7.000 millas marinas, lo que excedía la autonomía de los buques. Por poco que se complicasen o dilatasen sus operaciones, los buques pronto se verían en serios apuros para reparar sus averías y abastecerse.

Por lo dicho, no parecía que las oportunidades españolas fueran pequeñas; por el contrario, muchos neutrales confiaban en una victoria defensiva.

Pero la realidad era muy otra, debido como en Cuba a las largas operaciones coloniales y al desgaste sufrido desde 1896 por la insurrección tagala en Luzón, unido a la escasez de recursos técnicos del Arsenal de Cavite y de recursos financieros en particular. La mayoría de los buques estaba necesitada de reparaciones. De los diez mencionados, cuatro no podían navegar, y el resto tuvo que concentrarse rápidamente en Manila, abandonando misiones coloniales, menos uno que tuvo que permanecer destacado en la indómita Mindanao. Sólo siete buques, de los que dos no podían navegar, con 27 piezas grandes y 38 ligeras, pudieron enfrentarse a los de Dewey.

Quedaban las baterías de costa, pero tras diversos retrasos y cambios de planes terminaron por ser repartidas por diversos puntos, con el resultado de que sólo un cañón pudo apoyar a la escuadra.

En cuanto a las minas, sólo se disponía de una veintena y faltaban elementos esenciales que debieron improvisarse. Era un número insuficiente para resultar eficaz y se pidieron más a España, pero cuando al final se enviaron unas 70, ya había estallado la guerra y se hizo regresar al barco que las llevaba. También se prometieron cañones que nunca se enviaron.

Y, por último, las dificultades logísticas de Dewey nunca fueron muy graves. Concentrada su escuadra en Hong Kong, las autoridades británicas no pusieron ningún inconveniente a que los buques se prepararan y alistaran durante meses para el ataque a Manila, reclutando incluso súbditos británicos. Además se compraron dos vapores a compañías británicas para que sirvieran como transportes, y se adquirió un buque rápido en Singapur.

Entonces, y durante toda la guerra, la actitud británica fue la de facilitar todo lo necesario sin impedimentos a los norteamericanos, haciendo posibles sus operaciones.

Era algo completamente ilegal, pues permitía que el territorio, industrias, súbditos o barcos de una potencia neutral sirvieran para facilitar una agresión a un tercero con el que dicha potencia mantiene relaciones normales. Pero era evidente que el gobierno británico consideraba que España iba a perder irremisiblemente las Filipinas, de una manera u otra, y prefirió que pasasen a las manos de una potencia amiga antes que a las de alguna menos próxima. Tal actitud se cree tomada después de Cavite ante la evidencia de la victoria americana, pero, por lo expuesto, tuvo que ser muy anterior para explicar el apoyo a los preparativos de Dewey en Hong Kong.



El combate de Cavite. Óleo del Museo Naval, Madrid

#### Cavite.

En las primeras horas del día 1 de mayo la escuadra estadounidense entró en la bahía de Manila tras cambiar algún cañonazo con las sorprendidas baterías de la entrada. Las escasas minas fondeadas fallaron por completo.

La escuadra de Montojo esperaba fondeada frente al Arsenal de Cavite, con los barcos excesivamente próximos y ofreciendo así, parada y apelonada, un excelente blanco. A las 5,15 horas abrieron fuego los españoles, contestándole a las 5,40 los norteamericanos cuando estaban a unos 4.000 metros, distancia que luego se fue reduciendo. El hecho prueba que los cañones españoles alcanzaban perfectamente la distancia a que estaban sus enemigos; de hecho, la pieza más numerosa de la escuadra, de 12 cm, alcanzaba los 10.000 metros.

La superioridad americana se puso pronto de manifiesto, tanto por la potencia de las piezas de 203 mm, muy superiores en peso y calibre a las mayores españolas, como por la mayor velocidad de tiro de las de 127 mm. Tras dos horas de fuego, tres de los buques españoles tenían incendios a bordo, entre ellos los dos mayores, el insignia *Reina Cristina* y el *Castilla*, pero ninguno se hundía y continuaban disparando. Asombrado Dewey, ordenó la retirada para reconsiderar la situación, pues para lograr tan escaso efecto había gastado la mitad de su munición.

La puntería norteamericana había sido muy deficiente, obteniendo sólo 139 blancos de los 5.800 disparos realizados. Los tres buques incendiados tenían serias averías, pero el resto estaba casi intacto. Por su parte, los americanos habían recibido 25 impactos y tenían ligeras averías en dos de sus buques.

Pero, en dicha pausa, Montojo dio la partida por perdida y ordenó hundir los buques, salvando dotaciones y efectos. En los incendiados el fuego se propagó rápidamente al no ser combatido y se terminó por volarlos.

Animado por ello, Dewey reanudó el ataque cuando los españoles ya apenas se defendían; bombardeó el Arsenal y se hundieron otros buques allí fondeados que no habían participado en el combate.

Montejo partió rápidamente hacia Manila, seguido poco después por las dotaciones en buen orden. Tal hecho le valió el ser apartado del servicio tras la guerra.

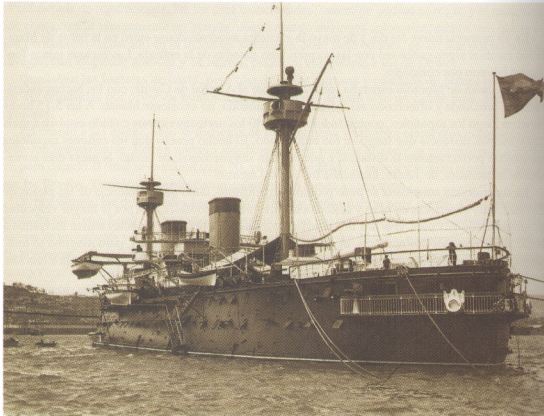
Las bajas españolas nuevamente han sido exageradas. En el combate se produjeron 60 muertos y 193 heridos en los buques, especialmente en los dos mayores. En el Arsenal hubo otros 15 muertos y 42 heridos por el bombardeo final y el asalto de una turba de indígenas. Las norteamericanas se redujeron, al parecer, a un muerto y 12 heridos, aunque españoles y testigos neutrales insistieron en que eran mucho mayores, ocultándose que hubo 25 muertos y 50 heridos.

Tres de los cruceros españoles fueron reflotados, reparados e incorporados a la *US Navy*, donde sirvieron largos años; indudablemente no debían ser tan malos y viejos, y no sufrieron grandes daños en la lucha.

*El asedio de Manila.*

Ya el 24 de abril los estadounidenses se habían asegurado la colaboración de Aguinaldo, exilado en Singapur, para reavivar la insurrección. La revuelta pronto se extendió a Luzón, alistándose miles de voluntarios a los que se unieron muchos desertores de las tropas indígenas españolas. Manila fue cercada así como otros muchos puestos y guarniciones, rindiéndose otras.

No convenía a la política norteamericana que los rebeldes controlaran la situación, por lo que en tres expediciones de 30 de junio y 17 y 26 de julio llegaron un total de 13.000 soldados ameri-



El *Petayo*, acorazado de la escuadra española

canos al mando del general Merritt. De paso se tomó posesión de la indefensa isla de Guam, en el archipiélago de las Marianas.

La Escuadra de Reserva, tras ver frustrados sus planes para ayudar a Cervera, fue enviada en socorro a Filipinas. Se componía del acorazado *Pelayo*, del crucero *Carlos V* y tres cruceros auxiliares, junto con transportes y carboneros que conducían 2.000 soldados. Tales fuerzas no serían suficientes para socorrer Manila, pero sí para consolidar el dominio español sobre las otras islas. A Dewey, que no podía esperar refuerzos de importancia, su llegada le hubiera planteado graves dificultades.

Pero la escuadra de Cámara fue retrasada en su paso por el Canal de Suez con diversos pretextos por las autoridades anglo-egipcias y, cuando llegó al Mar Rojo, la derrota de Cervera y la amenaza a las costas españolas aconsejaron su vuelta a España.

Anulada la expedición de Cámara, bajó la moral en Manila, afectada además con el relevo del capitán general Agustín por su subordinado Jaddenes. La cuestión era ahora para españoles y estadounidenses, por motivos tan obvios como diferentes, impedir que Manila cayera en poder de Aguinaldo. Así que tras escasos combates la plaza capituló el 14 de agosto, dos días después del armisticio, cuestión que no cambió el hecho.

Hubo otros combates en Filipinas, menos conocidos. Los insurrectos se apoderaron de toda clase de buques y trataron de extender la rebelión a otras islas. Sólo se les pudieron enfrentar unos pocos soldados y la División Naval del Sur al mando del capitán de navío Ferrer, con una quinceña de cañoneros. Pese a tener dotaciones mayoritariamente indígenas, los buques tuvieron una destacada actuación, hundiendo y apresando a los improvisados «corsarios» y evacuando a personal civil y militar. Incluso apresaron a dos mercantes norteamericanos<sup>11</sup>.

Dicha lucha de retaguardia se prolongó muchos meses tras el armisticio; por último, los cañoneros fueron vendidos a los estadounidenses, dada la urgente necesidad de éstos ante la nueva guerra provocada por la negativa filipina a cambiar de amos.

Fruto de la confusa situación creada fue que una pequeña guarnición española quedara aislada en la iglesia del pueblo de Baler, en Luzón. Soportó un duro asedio hasta el 2 de junio de 1899, en que la treintena de supervivientes al mando del teniente Martín Cerezo capituló tras hacerse para ellos evidente el fin de la guerra. Fueron «los últimos de Filipinas»<sup>12</sup>.

#### *Las operaciones en Cuba.*

Las escuadras norteamericanas, mientras tanto, habían comenzado sus operaciones sobre Cuba. Alertado seguramente por su espionaje, Sampson decidió partir con su escuadra hacia Puerto Rico, esperando encontrar allí a la de Cervera. La agrupación de Sampson era buena muestra de la poca experiencia previa americana en operaciones navales. Se trataba de una mezcla heterogénea de buques de características y velocidades tan diversas, que resultaría muy difícil poder maniobrar coordinadamente: dos acorazados (de modelos distintos), un crucero acorazado, dos pequeños cruceros, dos monitores, un torpedero, un remolcador y un transporte. Los monitores, pequeños acorazados costeros, eran por su diseño tan poco marineros que las olas barrían constantemente sus cubiertas y debieron ser remolcados por los buques mayores. Esto y las averías en las máquinas de uno de los acorazados reducían la velocidad de la escuadra a sólo 7,5 nudos. De haberlo sabido Cervera, cuya escuadra era mucho más homogénea, su ánimo se hubiera fortalecido, pues pese a los fondos sucios del *Vizcaya* su escuadra podía alcanzar los 14 nudos.

El 12 de mayo Sampson avistó San Juan y, decepcionado por no encontrar a Cervera, decidió aprovechar la ocasión bombardeando la plaza. Tal decisión era difícilmente justificable, pues las baterías españolas contaban con 12 obuses de 24 cm, 6 de 21 cm y 25 cañones de 15 cm, algo anti-

cuadas pero perfectamente capaces de causar daños a los acorazados en zonas no blindadas y, especialmente, a los pequeños cruceros. Y, desde luego, era sobradamente conocido que las baterías de costa suelen ser superiores a una escuadra que las ataque. Sin embargo, con una fortuna que no merecía, Sampson pudo retirarse tras tres horas de combate sin haber sufrido ni causado más que ligeras pérdidas<sup>13</sup>.

Cervera, tras las escalas en Curaçao y Martinica para conseguir carbón y dejar en la posesión francesa al averiado destructor *Terror*, decidió, tras enterarse del bombardeo, cambiar de destino y dirigirse a Santiago de Cuba. Tal decisión era un grave error: Santiago no disponía de baterías costeras dignas de mención y la plaza se hallaba en medio de un territorio donde actuaban las partidas rebeldes, faltando los alimentos. Además, al variar de base, Cervera comprometió todos los planes, especialmente porque los buques con el carbón que necesitaba se dirigieron a San Juan, como estaba previsto. Allí se les reunió el reparado *Terror* tras burlar la persecución del enemigo.

El 19 de mayo y sin haber avistado al enemigo, Cervera entró en Santiago. Pronto se reveló que seguir allí era permanecer en una auténtica ratonera, por lo que reiteradamente el jefe de Estado Mayor de la escuadra, Joaquín Bustamante, instó al almirante a dejar Santiago inmediatamente, pero Cervera dejó pasar la oportunidad pretextando diversas cuestiones.

Peor fue aún cuando el 25 de mayo el vapor *Restormel*, con 3.000 toneladas de carbón para la escuadra, fue apresado casi en la boca del puerto por algunos mercantes armados norteamericanos. Tales buques no eran enemigos para los de Cervera y dejar pasivamente que capturaran al vapor con su vital carga fue un error de difícil justificación. El enemigo, por su parte, seguía dando muestras de su inexperiencia, pues, pese a su constante vigilancia, sólo localizó la escuadra española el 29 de mayo.

Con ello los problemas estadounidenses se simplificaron y su escuadra se pudo concentrar para bloquear y bombardear Santiago. Los españoles sólo contaban con cuatro cañones para defender el puerto, desmontados de un crucero averiado, allí fondeado antes de la llegada de Cervera, el *Reina Mercedes*. Pese a la desproporción de fuerzas, los bombardeos americanos no lograron nada.

Se recurrió entonces a otros métodos: la noche del 2 al 3 de junio se decidió hundir al averiado transporte *Merrimac* en el canal de entrada del puerto, dejando así a la escuadra embotellada. Pero las defensas españolas, al mando de Bustamante, hicieron fracasar la intentona, hundiéndose el buque en un lugar no previsto y cayendo prisionera su dotación de 7 hombres al mando del teniente Hobson.

Convenía a los norteamericanos procurarse una base cercana para facilitar el bloqueo y, así, el 7 de junio, un batallón de marines desembarcó y tomó la bahía de Guantánamo. Aquello fue un revés para los españoles que, para impedirlo, habían minado la bahía, pues aunque varios barcos americanos chocaron con las minas, éstas fallaron totalmente, fuera por su diseño o instalación; hecho que ocurrió durante toda la guerra, desapareciendo así uno de los factores en que más confiaban.

El 22 de junio desembarcó en Daiquiri el ejército expedicionario norteamericano, al mando del general Shafter, que con 16.000 hombres tenía la misión de ocupar la plaza, con lo que la escuadra quedaría sentenciada. Tras algunos combates, Santiago quedó cercada, estableciendo contacto con las tropas cubanas de Calixto García. La situación de la guarnición era tal que Cervera tuvo que desembarcar parte de sus dotaciones para ayudarla en la defensa.

La principal batalla terrestre tuvo lugar el día 1 de julio en El Caney y en las lomas de San Juan. Pese a que las guarniciones de estas dos posiciones luchaban en una proporción de 1 a 10, la eficacia del fuego de los Mausers sobre las formaciones atacantes fue demoledora. Tras varias horas de lucha, las tropas estadounidenses tomaron ambos lugares al precio de 1.365 bajas entre muertos y heridos. Los españoles las tuvieron menores pero muy sensibles: el jefe de la plaza, general

El almirante Cervera destruyendo a mazazos los barcos norteamericanos a la entrada de la bahía de Santiago. Dibujo caricaturesco publicado en *Gedeón* el 9 de julio de 1898. Hemeroteca Municipal, Madrid



Linares, fue herido, muerto el general Vara del Rey y herido mortalmente el jefe de Estado Mayor de la escuadra Joaquín Bustamante. Ante tan costoso éxito, la moral de Shafter se tambaleó y pensó en una retirada, mientras solicitaba a Sampson una acción más decidida de sus buques.

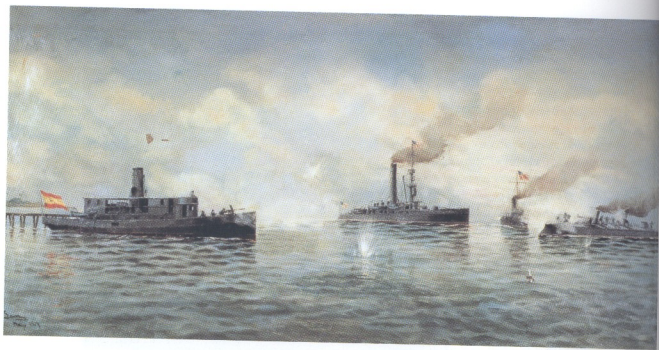
Pese a la llegada de una columna de 3.000 hombres al mando del general Escario, que llegó agotada y sin provisiones, el mando español daba a Santiago por perdida, y ante esa seguridad el gobierno y el capitán general de Cuba, Ramón Blanco, ordenaron a Cervera que intentase forzar la salida.

#### *El combate de Santiago.*

Un desalentado Cervera, desoyendo las recomendaciones de aprovechar la noche, decidió forzar el bloqueo en la mañana del 3 de julio. Los buques no habían sufrido apenas en el asedio, pero las dotaciones estaban agotadas por los combates en tierra y los bombardeos, hambrientas y convencidas de su derrota.

El plan no podía ser menos adecuado: los buques saldrían de uno en uno, con grandes intervalos para evitar choques y, tras desembarcar los prácticos civiles —cortesía inaudita en tales circunstancias—, huirían hacia el Oeste, sin prestarse apoyo, mientras Cervera con el *Infanta María Teresa* intentaría atraer sobre sí al enemigo, para facilitar su fuga.

Los buques norteamericanos que se le enfrentaban aquel día eran cuatro acorazados, un crucero acorazado, dos pequeños vapores artillados y un torpedero. Sampson apenas pudo participar en la lucha con su buque insignia, el *New York*, por haber ido a conferenciar con Shafter. No era una gran ventaja numérica, aunque los acorazados resultaban muy superiores en armamento y blindaje a los cruceros españoles. Pero la táctica de Cervera hizo que cada uno de sus buques debiera luchar aisladamente contra tres o más adversarios<sup>14</sup>.



*El combate de Cárdenas. Óleo del Museo Naval. Madrid*

El resultado no se hizo esperar: tres de los cruceros fueron incendiados y sus dotaciones los embarrancaron en la costa, así como uno de los destructores, resultando hundido el otro. El último buque, el crucero *Colón*, pareció que iba a poder escapar, pero acosado por varios enemigos y pese a estar casi indemne, con sólo un muerto y un puñado de heridos, decidió abandonar la lucha y embarrancar a su vez. Aunque recibió numerosos impactos, la escuadra estadounidense sólo sufrió, al parecer, un muerto y varios heridos. Las bajas de la española fueron al parecer de 332 muertos y 197 heridos.

Tal vez la cifra americana sea discutible, pero las españolas, con ser ciertas, se prestan a confusión, pues las bajas señaladas son las habidas en la escuadra por cualquier causa durante toda la campaña y no sólo en la batalla del 3 de julio. La pérdida total de buques y papeles, añadidos a la estancia como prisioneros en los EE. UU., hizo difícil el recuento; pero del total habría que descontar los 19 muertos y heridos habidos en el *Harvard*, cuando por error los vigilantes norteamericanos dispararon contra los indefensos prisioneros; las más de 71 bajas ocurridas en los combates en tierra, al menos 14 entre muertes accidentales y desertiones; más de 50 enfermos fallecidos en hospitales americanos y algunos más por la misma causa durante la travesía de vuelta. Todo esto, aunque no aminora el sufrimiento humano, sí reduce a otros límites el resultado del combate, pues del total de 529 bajas, al menos 160 se produjeron antes, después o sin relación con el combate del 3 de julio.

Pese a ello, la desproporción subsiste, lo que llamó entonces poderosamente la atención y contribuyó a formar juicios erróneos. Faltos de perspectiva sobre grandes combates navales, los observadores esperaban un balance parecido al de Trafalgar, con severas pérdidas y averías para el ganador. Pero la técnica naval había variado mucho desde 1805 y, como se comprobó en las guerras entre China y Japón de 1894 y de Japón contra Rusia en 1904-1905, la desproporción de bajas y daños entre vencedores y vencidos resultaba ahora mucho más grande.



Una prueba palmaria se tuvo en 1914, con buques esencialmente análogos a los que combatieron en Santiago, en la batalla de Coronel entre una escuadra británica y la alemana de Von Spee. Pese a que los contendientes estaban, al menos teóricamente, mucho más igualados, el combate terminó con los dos mayores buques británicos hundidos y 1.650 muertos, por sólo cuatro impactos de escaso calibre en los buques alemanes y dos heridos. Poco después, la escuadra de Von Spee fue aplastada a su vez en las Malvinas, perdiendo todos sus buques menos uno y más de 2.000 vidas, frente a sólo nueve bajas entre sus enemigos.

#### *Epílogo en el Caribe.*

La resistencia de Santiago se prolongó hasta el 16 de julio, en que capituló. Perdido el dominio del mar, era cada vez más difícil que audaces forzadores del bloqueo como el *Montserrat* y el *Maria Cristina* consiguieran atenuar, aunque fuera mínimamente, el hambre de la isla.

El gobierno Sagasta comenzó a pensar en solicitar condiciones de paz, considerando la guerra perdida; pero los generales se opusieron, afirmando estar dispuestos a una defensa numantina. Que todo eso no era más que retórica y tal vez buenos deseos, se puso de manifiesto rápidamente: el 25 de julio comenzaron los desembarcos norteamericanos en Puerto Rico, y las desmoralizadas tropas españolas sólo ofrecieron una ligera resistencia antes de replegarse sobre San Juan, mientras que entre los voluntarios cundía la desertión.

Mejor espíritu existió durante toda la guerra entre las fuerzas navales de Cuba al mando de Manterola. Pese a su debilidad, lucharon denodadamente, logrando algún pequeño éxito en La Habana, Cárdenas y Manzanillo, entre otros lugares. El fallo ya mencionado de las minas les privó de su mejor oportunidad, pero, evidentemente, sus esfuerzos no podían alterar la situación<sup>15</sup>.

#### *Otras operaciones.*

Hubo varios planes para ayudar a la comprometida escuadra de Cervera con los buques que habían quedado en la Península, los mejores de los cuales fueron encuadrados en la «Escuadra de Reserva», al mando del almirante Cámara.

El más elaborado de dichos planes consistía en que dos agrupaciones, compuestas por el crucero *Carlos V* —recién llegado de Francia, donde concluía sus obras junto al acorazado *Pelayo* y otros buques— y siete cruceros auxiliares atacarían la costa Este de los EE. UU. y su tráfico marítimo. El daño moral y material que podían causar sería grande, pues las escuadras enemigas estaban concentradas en el bloqueo de Cuba y de los buques de Cervera. Además podrían lograr que el enemigo volviera a su anterior dispersión estratégica.

Para esta operación se contaba con la información suministrada por la red de inteligencia establecida en Canadá, adonde se había trasladado la totalidad del cuerpo diplomático y consular antes acreditado en los EE. UU., incluido el agregado naval, teniente de navío Ramón Carranza<sup>16</sup>.

Pero el espionaje norteamericano descubrió la trama y las autoridades británicas, teóricamente neutrales, pero claramente favorables a los intereses de los EE. UU., consideraron el caso como de espionaje desde un territorio neutral, ordenando la salida inmediata del Canadá de Carranza y del jefe de toda la red, el señor Dubosc, antes secretario de la Embajada española en Washington.

Aparte de su actitud favorable hacia los EE. UU. —que la llevó a ignorar un caso paralelo de dos cónsules americanos establecidos con iguales fines en Gibraltar—, Gran Bretaña pretendía evitar así la extensión de la guerra, que ya había distorsionado gravemente el tráfico marítimo internacional, con grandes subidas de fletes y seguros; lo que constituía uno de los factores que expli-

caban la carestía del pan en varios países europeos, incluido España, al dificultarse las para entonces ya decisivas exportaciones de grano americano.

Por lo mismo, y para evitar complicaciones que derivaran hacia un conflicto mundial, el gobierno británico vetó los planes estadounidenses de enviar sus escuadras a atacar las costas españolas de Baleares, Canarias y Ceuta<sup>17</sup>.

Tal eventualidad fue considerada seriamente en España, por lo que se instalaron piezas de costa y minas en diversos puertos, se suprimieron faros y otras referencias para la navegación, se trasladaron tropas, etcétera, en una atmósfera de gran temor. Incidentalmente, estas medidas, cuando se tomaron en la bahía de Algeciras —punto probable de recalada de los atacantes—, provocaron una dura respuesta británica, al considerar que amenazaban seriamente su base de Gibraltar<sup>18</sup>.

Así, apenas consumada una rápida y demoledora derrota, España tuvo que afrontar una nueva crisis internacional.

## NOTAS

<sup>1</sup> A. R. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, «De la utopía al desastre. Un análisis de la Política Naval de la Restauración», en *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, CNRS, Maison des Pays Iberiques, núm. 16, 1992, págs. 74-99.

<sup>2</sup> H. G. RICKOVER, *Cómo fue hundido el acorazado Maine*, trad. del original inglés, ed. Naval, Madrid, 1985.

<sup>3</sup> J. L. OFFNER, *An Unwanted War. The Diplomacy of the United States and Spain over Cuba, 1895-98*, North Carolina University Press, 1992.

<sup>4</sup> A. R. MILLET y P. MASLOWSKI, *Por la Defensa Común. Historia Militar de los EE. UU.*, Ed. San Martín, Madrid, 1986, págs. 259-332.

<sup>5</sup> La mejor descripción de los planes previos y del desarrollo de la guerra en D. F. TRASK, *The War with Spain in 1898*, New York, 1981. Son clásicos H. W. WILSON, *The Downfall of Spain*, Londres, 1900, y F. E. CHADWICK, *The Relations of the United States and Spain. The Spanish-American War*, Londres, 1911 (3 vols.).

<sup>6</sup> A. R. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, *Política Naval de la Restauración 1875-1898*, ed. San Martín, Madrid, 1988.

<sup>7</sup> RICKOVER, *op. cit.*, pág. 102.

<sup>8</sup> N. FRIEDMAN, *United States Cruisers*, Londres, 1982, pág. 11.

<sup>9</sup> J. L. OFFNER, *op. cit.*, págs. 129 y 130.

<sup>10</sup> P. CERVERA Y TOPETE, *Documentos referentes a la Escuadra de Operaciones de las Antillas*, ed. Naval, Madrid, 1986, 5.<sup>a</sup> ed.

<sup>11</sup> Archivo Álvaro de Bazán, de la Armada. Histórico, Guerra 98, Fondos de Filipinas y Expedientes Personales.

<sup>12</sup> S. MARTÍN CEREZO, *La pérdida de Filipinas*, ed. *Historia 16*, Madrid, 1992.

<sup>13</sup> A. RIVERO, *Crónica de la Guerra Hispanoamericana en Puerto Rico*, Suc. de Rivadeneyra, Madrid, 1922.

<sup>14</sup> Son fundamentales los documentos publicados por ambos bandos: *Appendix to the Report of the Chief of the Bureau of Navigation*, Navy Department, Washington, 1898, y *Correspondencia oficial referente a las Operaciones Navales durante la Guerra con los EE. UU.*, Imp. del Ministerio de Marina, Madrid, 1899.

<sup>15</sup> A. R. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, «Operaciones menores en Cuba, 1898», en *Revista de Historia Naval*, núm. 9, 1985, págs. 125-146. Del mismo autor, *Operaciones de la guerra de 1898. Una revisión crítica*, Actas, Madrid, 1998.

<sup>16</sup> Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, Sección Histórico, Guerra con los EE. UU., legajos números 2.420 a 2.425.

<sup>17</sup> Los planes norteamericanos en TRASK, *op. cit.*, págs. 178-283.

<sup>18</sup> R. TORRE DEL RÍO, *Inglaterra y España en 1898*, Eudema, Madrid, 1988.